

Amin Maalouf

El naufragio de las civilizaciones

Traducido del francés por
María Teresa Gallego Urrutia

Alianza Editorial

Índice

11	Prólogo
21	Un paraíso en llamas
75	De los pueblos que zozobran
141	El año del gran vuelco
203	Un mundo en descomposición
269	Epílogo

*A mi madre, a mi padre
y a los frágiles sueños
que me transmitieron*

Prólogo

Los hombres conocen lo sucedido.
Lo futuro lo conocen los dioses,
de todas las luces dueños únicos y absolutos.
De las cosas futuras, las que se avecinan
perciben los sabios. Sus oídos,
a veces, en momentos de meditar profundo,
se sobresaltan. El rumor misterioso
les llega de los hechos que se acercan.
Y lo escuchan reverentes...¹

Constantin CAVAFIS (1863-1933)

Poemas

¹ Versión castellana de Vicente Fernández González.

NACÍ MUY SANO EN brazos de una civilización moribunda y durante toda mi existencia he tenido la sensación de estar sobreviviendo, sin mérito ni culpabilidad, siendo así que tantas cosas a mi alrededor se convertían en ruinas; igual que esos personajes de película que cruzan por calles en que se desploman todas las paredes y salen, no obstante, indemnes sacudiéndose el polvo de la ropa mientras, tras ellos, la ciudad entera no es ya sino un cúmulo de escombros.

Tal ha sido mi triste privilegio desde el primer aliento. Pero no deja de ser también, sin lugar a dudas, algo característico de nuestra época si la comparamos con las anteriores. Antaño, a los hombres les parecía que eran efímeros en un mundo inmutable; vivían en las tierras en que habían vivido sus padres, trabajaban como éstos habían trabajado; se curaban como éstos se habían curado; se instruían como éstos se habían instruido; rezaban de la misma forma; se desplazaban por los mismos medios. Mis cuatro abuelos y todos sus antepasados, remontándonos a doce generaciones, nacieron bajo la misma dinastía otomana. ¿Cómo no iban a creer que era eterna?

«Que puedan recordar las rosas, nunca se ha visto morir a un jardinero», suspiraban los filósofos franceses del Siglo de las Luces pen-

sando en el orden social y en la monarquía de su propio país. Hoy día estas rosas pensantes que somos nosotros viven cada vez más tiempo, y los jardineros se mueren. En lo que dura una vida nos da tiempo a ver cómo desaparecen países, imperios, pueblos, lenguas, civilizaciones.

La humanidad se metamorfosea ante nuestros ojos. Nunca fue su aventura tan prometedora ni tan azarosa. Al historiador el espectáculo del mundo le resulta fascinante. Siempre y cuando pueda aceptar el quebranto de los suyos y de sus propias inquietudes.

NACÍ EN EL UNIVERSO LEVANTINO. Pero tanto ha caído éste en el olvido en nuestros días que la mayoría de mis contemporáneos no deben ya de saber a qué me estoy refiriendo.

Cierto es que nunca hubo una nación que llevase ese nombre. Cuando algunos libros hablan de Levante, su historia es inconcreta y su geografía, movediza: sólo un archipiélago de ciudades mercantiles, a menudo costeras, aunque no siempre, que va de Alejandría a Beirut, Trípoli, Alepo o Esmirna y de Bagdad a Mosul, Constantino-pla o Salónica y llega hasta Odesa o Sarajevo.

Tal y como yo lo empleo, este vocablo obsoleto designa el conjunto de los lugares donde las antiguas culturas del Oriente mediterráneo se codearon con las más jóvenes, de Occidente. De esa intimidad suya estuvo a punto de nacer, para todos los hombres, un porvenir diferente.

Volveré a hablar más despacio de esta cita fallida, pero tengo ya que decir unas palabras de ella para concretar mi pensamiento: si los ciudadanos de esas diversas naciones y los fieles de las religiones monoteístas hubiesen seguido viviendo juntos en esa región del mundo y conseguido cohesionar sus destinos, la humanidad entera habría tenido por delante, para servirle de inspiración e indicarle el camino, un modelo elocuente de coexistencia armoniosa y de prosperidad.

Por desgracia, fue lo contrario lo que ocurrió, fue el aborrecimiento lo que prevaleció, fue la incapacidad de vivir juntos lo que se convirtió en norma.

Las luces de Levante se apagaron. Luego, las tinieblas se extendieron por el planeta. Y, desde mi punto de vista, no se trata de una simple coincidencia.

EL IDEAL LEVANTINO, TAL Y COMO lo vivieron los míos y tal y como siempre he querido vivirlo yo, nos exige a todos y cada uno que asumamos el conjunto de sus filiaciones y también, un poco, las de los demás. Como sucede con todos los ideales, aspiramos a ello sin conseguirlo nunca del todo, pero la aspiración es en sí salutífera, indica el camino que hay que seguir, el camino de la razón, el camino del porvenir. Llegaré incluso a decir que es esa aspiración la que marca, en una sociedad humana, el paso de la barbarie a la civilización.

Durante toda mi infancia, me fijé en la alegría y el orgullo de mis padres cuando mencionaban a amigos muy allegados que profesaban otras religiones o pertenecían a otros países. Era nada más una entonación de la voz, casi imperceptible. Pero transmitía un mensaje, un manual de instrucciones, diría ahora.

En aquellos tiempos, me parecía algo normal; estaba convencido de que eso era lo que sucedía en todas las latitudes. Hasta mucho más adelante no caí en la cuenta de hasta qué punto esa cercanía que imperaba entre las diversas comunidades en el universo de mi infancia era excepcional. Y cuán frágil era. Muy pronto en la vida vi cómo se empañaba, se degradaba y, luego, se desvanecía, no dejando tras de sí más que nostalgias y sombras.

¿HE ESTADO EN LO CIERTO al decir que las tinieblas se extendieron por el mundo cuando se apagaron las luces de Levante? ¿No es acaso

incongruente hablar de tinieblas cuando gozamos, mis contemporáneos y yo, del progreso tecnológico más espectacular de todos los tiempos; cuando tenemos al alcance de la mano como nunca lo tuvimos antes todo el saber de los hombres; cuando nuestros semejantes viven cada vez más y con mejor salud que en el pasado; cuando tantos países de eso que fue «el tercer mundo», empezando por China y por la India, salen por fin del subdesarrollo?

Pero es que ése es, precisamente, el desconsolador panorama de este siglo: por primera vez en la Historia contamos con los medios para librar a la especie humana de todas las catástrofes que la acosan y llevarla serenamente hacia una era de libertad, de progreso sin tacha, de solidaridad planetaria y de opulencia compartida; y henos aquí, no obstante, corriendo a toda velocidad en dirección contraria.

* * *

NO SOY DE ESOS QUE creen que «cualquier tiempo pasado fue mejor». Los descubrimientos científicos me fascinan, la liberación de las mentes y de los cuerpos me encanta, y considero un privilegio vivir en una época tan inventiva y sin trabas como la nuestra. Sin embargo, llevo observando desde hace unos años derivas cada vez más preocupantes que amenazan con destruir todo aquello que nuestra especie ha edificado hasta ahora, todo aquello de lo que nos sentimos legítimamente orgullosos, todo aquello que solemos llamar «civilización».

¿Cómo hemos llegado a esto? Tal es la pregunta que me hago cada vez que me veo enfrentado a las siniestras convulsiones de este siglo. ¿Qué es lo que ha ido mal? ¿Cuáles son las direcciones por las que no habría habido que desviarse? ¿Habríamos podido evitarlas? Y hoy ¿es aún posible enderezar el rumbo?

Si recurro al vocabulario de la mar es porque la imagen que me obsesiona desde hace unos años es la de un naufragio: un transatlántico moderno, reluciente, seguro de sí mismo y considerado insubmergible, como el *Titanic*, que lleva a bordo una muchedumbre de pasajeros de todos los países y de todas las clases y avanza con pompa hacia su pérdida.

¿Necesito añadir que no es como simple espectador como observo su trayectoria? Voy a bordo con todos mis contemporáneos. Con los que más quiero y con los que quiero menos. Con todo lo que he edificado o creo haber edificado. No cabe duda de que me esforzaré en todo este libro por conservar el tono más ponderado que me sea posible. Pero con terror es como veo que se acercan las montañas de hielo que van tomando forma ante nosotros. Y con fervor es como imploro al Cielo, a mi manera, para que consigamos esquivarlas.

El naufragio no es, por descontado, sino una metáfora. Forzosamente subjetiva, forzosamente aproximativa. Podrían hallarse otras muchas imágenes capaces de describir los sobresaltos de este siglo. Pero ésta es la que me obsesiona. No pasa ni un día, en esta última temporada, en que no se me venga a la cabeza.

Con frecuencia, con demasiada frecuencia por desgracia, es mi comarca natal la que me lo recuerda. Todos esos lugares cuyos nombres antiguos me gusta pronunciar: Asuria, Nínive, Babilonia, Mesopotamia, Emesa, Palmira, Tripolitania, Cirenaica, o el reino de Saba, llamado antaño la «Arabia feliz»... Sus poblaciones, herederas de las más antiguas civilizaciones, huyen en balsas, como tras un naufragio precisamente.

A veces de lo que se habla es del calentamiento global. Los glaciares gigantescos, que se van desheliando sin parar; el océano Ártico, por el que se puede navegar en los meses de verano por primera vez desde hace miles de años; los bloques enormes que se desprenden del

Antártico; las naciones insulares del Pacífico que tienen miedo de verse, a no mucho tardar, sumergidas... ¿Van a padecer realmente, en las décadas venideras, naufragios apocalípticos?

En otras ocasiones se trata de una imagen menos concreta, menos dolorosa desde el punto de vista humano, más simbólica. Cuando nos fijamos en Washington, capital de la primera potencia mundial, que se supone que debería dar ejemplo de democracia adulta y ejercer sobre el resto del planeta una autoridad casi paternal, ¿no es en un naufragio en lo que pensamos? No hay ninguna embarcación improvisada flotando en el Potomac; pero, en cierto modo, es la cabina del piloto del transatlántico humano la que está inundada, y es la humanidad entera lo que naufraga.

En otras ocasiones, se trata de Europa. Su sueño de unión es, desde mi punto de vista, uno de los más prometedores de nuestra época. ¿Qué ha sido de él? ¿Cómo es posible que lo hayamos dejado deteriorarse así? Cuando Gran Bretaña decidió abandonar la Unión Europea, a los responsables del continente les faltó tiempo para minimizar ese acontecimiento y prometer audaces iniciativas de los restantes miembros para dar un nuevo impulso al proyecto. Tengo la ferviente esperanza de que lo consigan. Entretanto, no puedo por menos de susurrar de nuevo: «¡Qué naufragio!».

Larga es la lista de todo cuanto ayer, sin ir más lejos, conseguía hacer soñar a los hombres, elevarles la mente, movilizarles las energías, y hoy se ha quedado sin atractivo. Esa «desmonetización» de los ideales, que se sigue extendiendo sin pausa y afecta a todos los sistemas y a todas las doctrinas, no me parece abusivo asimilarla a un naufragio espiritual generalizado. Mientras la utopía comunista se hunde en el abismo, al triunfo del capitalismo lo acompaña una explosión obscena de las desigualdades. Hecho que quizá halla una razón de ser en la economía; pero en el ámbito humano, en el ámbito

ético y desde luego también en el ámbito político, supone innegablemente un naufragio.

¿Son expresivos estos pocos ejemplos? No suficientemente, en mi opinión. Explican, sin duda, el título que he escogido, pero no permiten aún captar lo esencial. A saber, que está en marcha un engranaje cuyo motor no ha puesto nadie voluntariamente en marcha, pero hacia el que nos estamos viendo todos arrastrados a la fuerza y amenaza con reducir a la nada nuestras civilizaciones.

AL RECORDAR LAS TURBULENCIAS QUE llevaron al mundo hasta el umbral de este desastre, seguramente no me quedará más remedio que decir a menudo «yo» y «nosotros». Habría preferido no tener que hablar en primera persona, sobre todo en las páginas de un libro que se preocupa por la aventura humana. Pero ¿qué otra cosa podría haber hecho si he sido, desde que empezó mi vida, un testigo cercano de los trastornos de los que me dispongo a hablar; si «mi» universo levantino fue el primero en naufragar; si «mi» nación árabe ha sido esa cuyo trágico quebranto ha arrastrado al planeta entero hacia el engranaje destructor?

I

Un paraíso en llamas

*After the torchlight red on sweaty faces
After the frosty silence in the gardens
After the agony in stony places [...]
He who was living is now dead
We who were living are now dying
With a little patience*

Después de la luz roja de las antorchas en rostros sudorosos
Después del silencio glacial en los jardines
Después de la agonía en lugares pedregosos [...]
Aquel que estaba vivo ya está muerto
Nosotros que estábamos vivos ya estamos muriendo
con un poco de paciencia¹

T. S. ELIOT (1888-1965)
The Waste Land - La tierra yerma

¹ Versión castellana de Antonio Fernández Lera.

1

NO CONOCÍ EL LEVANTE de la época magna, llegué demasiado tarde, ya sólo quedaba del teatro un decorado hecho jirones, sólo quedaban del festín las migajas. Pero he tenido continuamente la esperanza de que la fiesta pudiera comenzar de nuevo algún día, no quería creer que el destino me había hecho nacer en una casa abocada ya al derribo.

Casas, los míos habían edificado ya unas cuantas entre Anatolia, el Monte Líbano, las ciudades costeras y el valle del Nilo, e iban a abandonarlas todas, una tras otra. Me queda la nostalgia de ellas, forzosamente, y también una pizca de resignación estoica ante la vanidad de las cosas. ¡No encariñarse con nada que podamos echar de menos el día en que tengamos que partir!

Vana empresa. Nos encariñamos, inevitablemente. Luego, inevitablemente, nos vamos. Sin cerrar siquiera la puerta al salir, puesto que ya no quedan puertas ni paredes.

NACÍ EN BEIRUT, EL 25 de febrero de 1949. La noticia la dieron al día siguiente mismo, como se hacía en algunas ocasiones, en un suelto del periódico en que trabajaba mi padre. «El niño y la madre gozan de buena salud.»

El país y su zona tenían, en cambio, una salud pésima. Pocas personas caían en la cuenta por entonces, pero la bajada a los infiernos había empezado. Y ya no iba a detenerse.

Egipto, patria adoptiva de mi familia materna, estaba en ebullición. El 12 de febrero, dos semanas antes de nacer yo, habían asesinado a Hassan al-Banna, fundador de los Hermanos Musulmanes. Había ido ese día a ver a uno de sus aliados políticos; en el momento de salir del edificio, se le acercó un coche y un tirador le apuntó. Aunque una bala le acertó bajo la axila, no cayó, y la herida no parecía excesivamente grave. Pudo incluso correr tras el vehículo y apuntar personalmente el número de matrícula. Y así fue como se supo que el coche del asesino pertenecía a un general de la policía.

Al-Banna se fue luego al hospital para que lo curasen. Sus partidarios pensaban que saldría ese mismo día con un simple vendaje. Se disponían a acompañarlo en un cortejo triunfal. Pero se desangró: una hemorragia interna. Pocas horas después había muerto. Sólo tenía cuarenta y dos años.

Su asesinato era la respuesta al del jefe de gobierno egipcio Nokrachi Pachá, a quien había matado un Hermano Musulmán mes y medio antes, el 28 de diciembre. El asesino, un estudiante de medicina, se había disfrazado de oficial de la policía para poder entrar en un edificio oficial, acercarse al estadista y dispararle a bocajarro en el momento en que se disponía a entrar en el ascensor. Un asesinato perpetrado a su vez como reacción a la decisión adoptada por el gobierno, el 8 de diciembre, de disolver la Hermandad.

El pulso entre la organización islámica y las autoridades de El Cairo existía desde hacía veinte años. En vísperas de mi nacimiento se había enconado aún más. Iba a pasar, durante décadas, por muchos episodios cruentos y también por prolongadas treguas tras las que siempre llegaban recaídas. Cuando escribo estas líneas, aún continúa.

Ese enfrentamiento empezó en Egipto el siglo pasado, en la década de 1920, y acabó por tener repercusiones en el mundo entero, desde el Sahara hasta el Cáucaso y desde las montañas de Afganistán hasta las torres gemelas neoyorquinas, que atacó y destruyó el 11 de septiembre de 2001 un comando suicida al mando de un militante islamista egipcio.

PERO EN 1949 LOS ATAQUES cruzados entre las autoridades y los Hermanos, por muy violentos que fueran, no afectaban aún a la vida cotidiana. Por ello, mi madre no vaciló en llevarnos a El Cairo a mi hermana mayor y a mí cuatro semanas después de nacer yo. Le resultaba mucho más cómodo ocuparse de nosotros con ayuda de sus padres y del personal que tenían a su servicio. En el Líbano, mi padre, que vivía de su sueldo de redactor, no podía proporcionarle comodidades como éstas. Cuando tenía tiempo, era él quien la acompañaba a casa de su familia. Y lo hacía sin desagrado. Sentía veneración por el pasado de Egipto y admiraba su efervescencia cultural, a sus poetas, a sus pintores, a sus músicos, su teatro, su cine, sus periódicos, sus editoriales... Era, por lo demás, en El Cairo donde había publicado, en 1940, su primer libro, una antología de los escritores levantinos en lengua inglesa. Y había sido también en El Cairo, en la iglesia griega católica, donde se habían casado mis padres en diciembre de 1945.

En aquella época, el país del Nilo era en verdad para los míos una segunda patria, y mi madre me llevó tres años seguidos, para pasar allí largas temporadas: de recién nacido, como ya he dicho, y luego al año siguiente y al otro. En la estación templada, por supuesto, pues en verano el aire tenía fama de ser «irrespirable».

Luego, de repente, se interrumpió el ritual. En los últimos días de 1951, mi abuelo, que se llamaba Amin, murió de repente de un

ataque al corazón. Y seguramente fue para él una bendición dejar este mundo antes de ver cómo se desbarataba la obra de su vida. Pues, menos de un mes después, *su* Egipto, al que tanto quería, era ya presa de las llamas.

* * *

HABÍA LLEGADO ALLÍ A LOS dieciséis años, siguiendo las huellas de su hermano mayor, y no había tardado en encontrar acomodo merced a un talento singular: el de domar caballos. Cuando un animal se mostraba recalcitrante, el adolescente se le subía de un salto al lomo y se aferraba a él arqueando brazos y piernas. Por mucho que aquel corriera, se encabritase, se sacudiera, el jinete seguía agarrado. Y era siempre la montura quien se cansaba antes que él. Se tranquilizaba, agachaba la cabeza y luego se iba hacia la aguada para calmar la sed. Mi futuro abuelo le daba unas palmaditas en el lomo, le acariciaba el cuello, le pasaba los dedos entre las crines. Lo había domado.

No se dedicó mucho tiempo a ese oficio juvenil. En cuanto tuvo unos años más y unos kilos de más emprendió otra carrera muy diferente para cuyo ejercicio no contaba con ningún título ni con ninguna formación en especial, pero que Egipto, en plena expansión, necesitaba mucho: la construcción de carreteras, canales y puertos. Fundó con sus hermanos una empresa de obras públicas en una ciudad del delta del Nilo llamada Tanta. Ahí fue donde conoció a su mujer, Virginie, maronita como él, pero que había nacido en Asia Menor, en Adana; su familia había emigrado a Egipto huyendo de las sangrientas algaradas de 1909, cuyo primer blanco habían sido los armenios, antes de extenderse a las demás comunidades cristianas.

Mis futuros abuelos se casaron en Tanta nada más acabar la Primera Guerra Mundial. Tuvieron seis hijos. Primero un hijo, que mu-

rió de corta edad; luego, en 1921, una hija, mi madre. La llamaron Odette. Mi padre siempre la llamó Aude.

CUANDO EL NEGOCIO FAMILIAR EMPEZÓ a prosperar, mi abuelo fue a instalarse en Heliópolis, la ciudad nueva fundada cerca de El Cairo por iniciativa de un industrial belga, el barón Empain. Simultáneamente, se hizo construir, en un pueblo de la montaña libanesa, para pasar los meses de verano, una casa de piedra blanca, sólida, elegante, bien situada, confortable, aunque sin ser por ello lujosa.

De entre quienes se habían ido a trabajar a Egipto al mismo tiempo que él, algunos vivían ahora en auténticos palacios; tenían bancos, fábricas, plantaciones de algodón, compañías internacionales e incluso habían conseguido que les concediesen títulos nobiliarios: bajá, conde o príncipe. No era ése el caso de mi abuelo. Se ganaba bien la vida, pero no había amasado una fortuna cuantiosa. Incluso en el pueblo, que no contaba con más de veinte casas, la suya no era la más suntuosa. Su trabajo encarnizado le había permitido prosperar y superar su condición de origen, sin situarlo, por ello, en la cumbre de la escala social. A decir verdad, su recorrido era semejante al de muchos de sus compatriotas quienes, entre el último tercio del siglo XIX y mediados del XX, escogieron afincarse en el valle del Nilo antes que emigrar hacia tierras más lejanas.

AL HABER NACIDO YO A finales de ese período, supe de él primero por lo que contaban mis padres y sus conocidos. Más adelante, leí unas cuantas cosas: relatos, estudios estadísticos y también novelas a mayor gloria de Alejandría y de Heliópolis. Y en la actualidad estoy convencido de que los míos tuvieron, en su época, excelentes razones para elegir Egipto. Brindaba al emigrante industrioso ventajas que nunca volvieron a repetirse.

Cierto es que países como los Estados Unidos, Brasil, México, Cuba o Australia ofrecían oportunidades virtualmente ilimitadas; pero había que cruzar océanos y cortar de forma definitiva con la tierra natal; siendo así que mi abuelo podía, al concluir un año de trabajo, regresar a su pueblo como al regazo materno y cobrar en él nuevas fuerzas.

Más adelante, mucho más adelante, hubo un flujo migratorio hacia los países del petróleo, que estaban cerca, geográficamente hablando, donde podías ganarte la vida como es debido y los más avisados podían incluso hacer fortuna rápidamente. Pero nada más. Trabajaban mucho, soñaban en silencio, se emborrachaban a escondidas y, luego, se desfogaban consumiendo a más no poder. Mientras que en el valle del Nilo había otros alimentos. En música, en literatura y en otras muchas artes se estaba asistiendo a una auténtica pléthora en la que los inmigrados de cualesquiera orígenes y confesiones se sentían invitados a participar con tanto derecho como la población local.

Los compositores, los cantantes, los actores, los novelistas y los poetas de Egipto iban a convertirse por mucho tiempo en las estrellas de todo el mundo árabe y del de allende. Mientras la divina Umm Kalzum cantaba los *rubaiyat* de Omar Jayam y la inolvidable Asmahan, emigrante siria, celebraba *Las dulces noches de Viena*, Leila Mourad (cuyo apellido paterno era Assouline), heredera de una larga tradición de músicos judíos, hacía estremecerse las salas con su canción de culto, que decía: *Mi único guía es mi corazón*.

Este movimiento se difundió incluso, desde Levante y la lengua árabe, hacia otros universos culturales. Es significativo, por ejemplo, que *My Way*, canción emblemática de Frank Sinatra, la escribiera inicialmente Claude François, un francés de Egipto, antes de que la adaptase al inglés Paul Anka, un estadounidense de origen sirio-liba-

nés. Por lo demás, en la propia Francia, del *music hall* se adueñaron estrellas nacidas en Egipto, tales como Dalida, Moustaki, Guy Béart o, sin ir más lejos, Claude François.

Y no es éste sino un apartado entre otros muchos. Cuando mi abuelo iba al ministerio egipcio de Obras Públicas para conseguir adjudicaciones, había en dicha administración, en una de las plantas, tras una mesa de despacho, un funcionario llamado Constantin Cavafis, de quien nadie sabía, por entonces, que se lo iba a considerar un día el mayor poeta griego de todos los tiempos modernos, nacido en Alejandría el 29 de abril de 1863 y fallecido en Alejandría el 29 de abril de 1933, a lo que dicen sus biógrafos. Nada permite suponer que estos dos hombres llegasen a conocerse, pero me agrada imaginar que hubiesen podido examinar juntos algún proyecto de regadío.

Fue también en Alejandría donde nació en 1888 el gran poeta italiano Giuseppe Ungaretti, que vivió allí en sus primeros años. Su madre tenía una panadería.

* * *

MI PADRE, QUE, AL CONTRARIO de muchos de sus compatriotas, no era un hombre de negocios, sabía sobre todo de Egipto por sus poetas. A menudo me recitaba sus versos y, a fuerza de oírlos, hasta se me han quedado en la memoria unos cuantos. El modelo, para él, era Ahmed Chawqi, a quien llamaban «el príncipe de los poetas» y que representaba la figura tutelar de un renacimiento cultural árabe del que se pensaba, por entonces, que era ineludible, que era inminente y que iba a florecer forzosamente desde el valle del Nilo.

Cuando Chawqi visitaba el Líbano, era un acontecimiento considerable del que daban cuenta los periódicos en primera plana. Lo

seguía a todas partes una bandada de escritores jóvenes. Mi padre conservó toda su vida el orgullo de haber podido conocerlo un día; fue en un restaurante al aire libre y el poeta llenó de cerveza un vaso, acercándose al oído, echando un poco la cabeza hacia atrás y explicando a quienes lo rodeaban que a ese ruido característico lo llamaban los autores árabes de antaño *yarsb*. Un detalle sin mayor importancia, pero mi padre lo recordaba con emoción porque le traía a la memoria la voz y el ademán de Chawqi.

Cuando estoy en Roma, voy a veces a los jardines de la Villa Borghese, donde se alza una estatua del poeta egipcio, con corbata de pajarita, una rosa entre los dedos y la cabeza levemente echada hacia atrás como en los recuerdos de mi padre.

NO MENOS IMPORTANTE QUE EL «príncipe Chawqi» y tan representativo como él de aquella época prometedor era Taha Hussein, apodado «el decano de las letras árabes».

Nacido en una familia aldeana humilde, lo dejó ciego a los tres años una enfermedad mal atendida; fue capaz de superar esa desventaja y convertirse en el intelectual egipcio más respetado de su época. Hombre de la Ilustración, resueltamente partidario de la modernización, incitaba a los investigadores árabes a volver a considerar la Historia con las herramientas científicas modernas en vez de repetir hasta el infinito las ideas recibidas de los antiguos.

Una vehemente polémica estalló en 1926 cuando publicó una obra en la que afirmaba que la poesía árabe considerada preislámica la habían vuelto a escribir por completo en una época posterior y en un contexto de rivalidad entre las diversas tribus. Lo que escandalizó y le valió que lo llamasen descreído no fue sólo que pusiera en tela de juicio la visión que se tenía de la historia de la literatura árabe y de la forma en que se habían compuesto sus obras. Lo que querían sobre

todo impedirle era que aplicase su sistema iconoclasta a los textos religiosos.

Dicha polémica no dejaba de recordar la que había levantado Ernest Renan, sesenta y cuatro años antes, cuando se atrevió, en su clase inaugural en el Colegio de Francia, a decir de Jesús que era «un hombre excepcional», sin considerarlo un dios. A Taha Hussein, profesor en la Universidad de El Cairo, lo suspendieron en el acto, igual que a Renan. Pero cuando el Gran Imán de al-Azhar, la máxima autoridad religiosa del país, pidió que lo procesaran, el gobierno egipcio se negó a llegar tan lejos, considerando que aquello entraba dentro del marco de un debate académico normal en el que no tenía por qué intervenir la justicia.

Pese a los ataques de la mayoría de los círculos tradicionalistas, el decano de las letras árabes siguió siendo hasta su último día un intelectual respetadísimo por sus contemporáneos. Más aún, le encomendaron las más elevadas funciones: decano de la Facultad de Letras y, luego, rector de la Universidad de Alejandría; e incluso, entre 1950 y 1952, ministro de Educación, o, retomando la bellísima apelación que se usaba a la sazón en Egipto, «ministro de los Saberes». Una de sus primeras decisiones fue la de implantar la gratuidad de la enseñanza.

QUE UN HOMBRE CIEGO Y a quien determinadas autoridades religiosas consideraban un descreído pudiera ascender así dice mucho acerca de Taha Hussein, desde luego, pero también, y sobre todo, del Egipto de su época.

Podríamos dar muchos más ejemplos. Recordar que fue en la Ópera de El Cairo donde se estrenó en 1871 *Aida* de Verdi, un encargo del jedive de Egipto; recordar los nombres de Youssef Chahine o de Omar Sharif, dos libaneses de Egipto que el cine egipcio lanzó

al escenario mundial; citar a los numerosos especialistas que certifican que la escuela de medicina de El Cairo fue, durante un tiempo, una de las mejores del mundo... Pero no estoy intentando demostrar nada, querría solamente transmitir ese sentimiento que me infundieron los míos, el de un país excepcional que vivía un momento privilegiado de su historia.

He traído a colación unos cuantos recuerdos de mi padre, pero fue sobre todo mi madre quien, todos los días de su vida, me habló una y otra vez de Egipto, de sus mangos y de sus guayabas «cuyo aroma no se encuentra en ninguna otra parte»; de los grandes almacenes Cicurel de El Cairo «que valían tanto o más que los almacenes Harrods de Londres y las Galeries Lafayette de París»; de la pastelería Groppi, «que no tenía nada que envidiar a las de Milán o Viena»; sin olvidarnos de las largas y voluptuosas playas de Alejandría...

Había en ello, por descontado, la nostalgia normal que toda persona siente en el atardecer de la vida al pensar en el tiempo bendito de su juventud. Pero no se trataba sólo de eso, no se trataba sólo de lo que dijera mi madre. Oí a otras muchas personas, leí muchos testimonios y no me cabe duda de que hubo efectivamente, durante cierto tiempo y para cierta parte de la población, un paraíso llamado Egipto. Al que fui cuando aún no podía ver nada, entender nada, quedarme en la memoria con nada. Y que, un día, dejó de ser lo que había sido y dejó de prometer lo que parecía haber prometido.